

y á otros autores traducidos al castellano que tratan de la materia *pro famotiori*; esto es, con extensión. La que yo he tenido para explicar este asunto, ha sido demasiada, y verdaderamente tiene visos de pedantería, pues estas materias son ajenas y tal vez ininteligibles á las personas que nos escuchan, exceptuando al señor cura; pero la ignorancia y vanidad de usted me han comprometido á tocar una materia singular entre semejantes sujetos, y que por lo mismo conozco habré quebrantado las leyes de la buena crianza; mas la prudencia de estos señores me dispensará, y usted me agradecerá ó no mis buenas intenciones, que se reducen á hacerle ver que no se meta jamás á hablar en cosas que no entiende.

¡Contemplan ustedes cómo quedaría yo con semejante responsorio! Al instante conocí que aquel padre decía muy bien, por más que yo sintiera su claridad; pues aunque he sido ignorante, no he sido tonto, ni he tenido cabeza de *tepeguaje*. Fácilmente me he docilitado á la razón, porque en la realidad hay verdades tan demostradas y penetrantes que se nos meten por los ojos á pesar de nuestro amor propio. ¡Infelices de aquellos cuyos entendimientos son tan obtusos que no les entran las verdades más evidentes, y más infelices aquellos cuya obstinación es tal que les hace cerrar los ojos para no ver la luz! ¡Qué pocas esperanzas dan unos y otros de prestarse dóciles á la razón en ningún tiempo! Quédeme

confuso, como iba diciendo, y creo que mi vergüenza se conocía por sobre de mi ropa, porque no me atreví á hablar una palabra, ni tenía qué. Las señoras, el cura y demás sujetos de la mesa, sólo se miraban y me miraban de hito en hito, y esto me corría más y más.

Pero el mismo padre vicario, que era un hombre muy prudente, me quitó de aquella media naranja con el mejor disimulo, diciendo:—Señores, hemos hablado bastante: yo voy á rezar vísperas, y es regular que las señoritas quieran reposar un poco para divertirnos esta tarde con los toritos.

Levantóse luego de la mesa, y todos hicieron lo mismo. Las señoras se retiraron á lo interior de la casa, y los hombres, unos se tiraron sobre los canapés, otros cogieron un libro, otros se pusieron á divertir á juegos de naipes, y otros, por fin, tomaron sus escopetas y se fueron á pasar el rato á la huerta.

Sólo yo me quedé de non, aunque muchos señores me brindaron con su compañía; pero yo les dí las gracias, y me excusé con el pretexto de que estaba cansado del camino, y que acostumbraba dormir un rato de siesta.

Cuando ví que todos estaban ó procurando dormir, ó divertidos, me salí al corredor, me recosté en una banca, y comencé á hacer las más serias reflexiones entre mí acerca del chasco que me acababa de pasar.

—Ciertamente, decía yo, ciertamente que este padre me ha avergonzado; pero después de todo, yo he tenido la culpa en meterme á dar voto en lo que no entiendo. No hay duda, yo soy un necio, un bárbaro y un presumido. ¿Qué he leído yo de planetas, de astros, cometas, eclipses ni nada de cuanto el padre me dijo? ¿Cuándo he visto ni por el forro los autores que me nombró ni he oído siquiera hablar de esto antes que ahora? ¿Pues quién diablos me metió en la cabeza ser explicador de cosa que no entiendo, y luego explicador tan sandio y orgulloso? ¿En qué estaría yo pensando? Ya se ve, soy bachiller en filosofía, soy físico. Reniego de mi física y de cuantos físicos hay en el mundo si todos son tan pelotas como yo. ¡Voto á mis pecados! ¿Qué dirá este padre? ¿Qué dirá el señor cura? ¿Y qué dirán todos? Pero ¿qué han de decir sino que soy un burro? Para más fué que yo, el tuno de Juan Largo, que no se atrevió á manifestar su ignorancia. No hay remedio; saber callar es un principio de aprender, y el silencio es una buena tapadera de la poca instrucción. Juan Largo, no hablando, dejó á todos en duda de si sabe ó no sabe lo que son cometas; y yo, con hablar tanto, no conseguí sino manifestar mi necedad y ponerme á una vergüenza pública. Pero ya sucedió, ya no hay remedio. Ahora, para que no se pierda todo, es preciso satisfacer al mismo padre, que es quien entiende mi tontera mejor que los demás, y supli-

carle me dé un apunte de los autores físicos que yo pueda estudiar; porque ciertamente la física no puede menos que ser una ciencia, á más de utilísima, entretenida, y yo deseo saber algo de ella.

Con esta resolución me levanté de la banca y me fuí á buscar al vicario que ya había acabado de rezar, y redondamente le canté la palinodia.

—Padrecito, le dije; ¿qué habrá usted dicho de la nueva explicación del cometa que me ha oído? Vamos, que usted no se esperaba tan repentino entremés sobre mesa; pero la verdad, yo soy un majadero y lo conozco. Como cuando aprendí en el colegio unos cuantos preliminares de física y algunas propiedades de los cuerpos en general, me acostumbré á decir que era físico, lo creí firmísimamente, y pensé que no había ya más que saber en esa facultad. A esta preocupación se siguió el ver que había quedado bien en mis actillos, que me alabaron los convidados y que me dieron mis galas; y después de esto, no habrá ocho días que me he graduado de bachiller en filosofía, y me dijeron que estaba yo aprobado *para todo*. Pensé que era yo filósofo de verdad, que el tal título probaba mi sabiduría, y que aquel pasaporte que me dieron *para todo*, me facultaba para disputar de todo cuanto hay, aunque fuera con el mismo Salomón; pero usted me ha dado ahora una lección de que deseo aprovecharme;

porque me gusta la física, y quisiera saber los libros donde pueda aprender algo de ella; pero que la enseñen con la claridad que usted.

—Esa es una buena señal de que usted tiene un talento no vulgar, me dijo el padre; porque cuando un hombre conoce su error, lo confiesa y desea salir de él, da las mejores esperanzas, pues esto no es propio de entendimientos arrastrados que yerran y lo conocen, pero su soberbia no les permite confesarlos; y así ellos mismos se privan de la luz de la enseñanza, semejantes al enfermo imprudente que por no descubrir su llaga al médico se priva de la medicina y se empeora. Pero ¿dónde aprendió usted ese montón de vulgaridades que nos contó de los cometas? Porque en el colegio seguramente no se las enseñaron.

—Ya se ve que no, le respondí. Esa copia de lucidísima erudición que he vaciado se la debo á las viejas y cocineras de mi casa.

—No es usted el primero, dijo el padre, que mama con la primera leche semejantes absurdos. Verdaderamente que todas esas son patrañas y cuentos de viejas. Usted lo que debe hacer es aplicarse, que aún es muchacho y puede aprovechar. Yo le daré el apuntito que me pide de los autores en que puede leer á gusto estas materias, y le daré también algunas leccioncitas mientras estemos aquí.

Le dí las gracias, quedando prendado de su bello carácter. Iba á pedirle un favor de muchacho, cuando nos llamaron para que nos fuéramos á divertir al corral del herradero.

